

co es el de la Reforma, que es magnífico y muy bien cuidado, extendiéndose desde la Alameda hasta el histórico castillo de Chapultepec. Fué mandado construir por el Emperador Maximiliano, y es por las tardes el punto de reunión de todos aquellos que gastan coche, pues pedestres pocos lo frecuentan, sin duda por hallarse lejos del centro. Al hablar de carruajes debo mencionar que la capital cuenta con muchos y lujosos trenes, siendo los más elegantes conducidos por cocheros ingleses.

A los dos lados del paseo y en su primer tercio hay elegantes casas con pequeños jardines: igualmente adornan el paseo estatuas de bronce que representan mexicanos célebres. Fueron regaladas por los estados, y sus dimensiones son pequeñas, resultando el conjunto mezquino. No así la de Cuatemoc, digno remate de soberbio monumento elevado á su memoria y en el centro del *rond-point* del paseo. Este, como he dicho, termina en el castillo de Chapultepec, morada que fué de Maximiliano y actualmente ocu-

pada por la academia militar, se halla rodeado de un hermoso bosque de seculares árboles, comprendiéndose mal que sitio tan ameno y pintoresco esté tan descuidado y desatendido. En él se halla instalado un jardín zoológico de proporciones diminutas, donde tienen albergue unos cuantos jaguares y gatos monteses, casi únicos ejemplares que presenta de la fauna mexicana.

México es la ciudad de los tranvías y coches de alquiler, en cuyos medios de locomoción, y en relación á su población, de seguro ninguna en el mundo la supera. Rara es la calle por donde no pasan los primeros y no hay arrabal ni pueblecito cercano donde no lleguen sus líneas, utilizándolos no solo para el transporte de viajeros, sino también para el de mercancías, y hasta para los entierros, pues existen, por llamarlos así, «tranvías mortuorios» con sus correspondientes carros fúnebres para el duelo y comitiva.

Los coches de alquiler se dividen en tres categorías y se distinguen por el color de sus cajas, ruedas y una pequeña banderola

de latón. Pintados de azul, rojo y amarillo, los primeros cuestan un peso la hora y los utilizan generalmente los extranjeros y las «cocottes». Ninguna señora mexicana pisaría uno de estos coches azules. Los rojos cuestan 75 centavos la hora y son los más prácticos, pues sin ser lujosos, como los anteriores, son muy aceptables, limpios y con buenos tiros. Los amarillos, con ser los más económicos (cincuenta centavos la hora), resultan los más caros, pues tirados por viejos rocinantes andan á paso de tortuga. Además, es un milagro salir de uno de ellos sin un desgarrón en el pantalón ó chaqueta causado por algún clavo, de los que nunca faltan en las portezuelas. En general son muy sucios, desecho de tinta y, en fin, presentan aspecto poco edificante. Todos ellos son tirados por dos caballos ó sardinas.

Las discusiones con los cocheros son poco frecuentes, pues en cada estación de carruajes hay un pequeño kiosco, donde un dependiente hace entrega al cliente de una tarjeta en la que anota la hora en que se ha

alquilado; los cocheros por lo general son atentos y corteses, pero siempre esperan que se les dé para su agüita (1).

La ciudad de México cuenta con varios Círculos y Casinos; el más aristocrático es el Jockey Club, frecuentado no solo por los jóvenes de la mejor sociedad, sino también por honrados comerciantes de todos los ramos, á pesar de ser considerado, como he dicho, el aristocrático de la población. Es poco exclusivista, y para ser admitido como socio solo se requiere ser persona de buenos antecedentes, y esta facilidad de admisión es debida á que en México no existe aristocracia; y si alguna existe no es la de la sangre, sino la del dinero.

Hay, como en todas partes, un contingente de *snobs*, de aquellos seres ridículos que se creen superiores á todo el mundo; pero su número es tan limitado, que el *snobismo* no hace escuela.

El Club de que me ocupo se halla establecido en el edificio más lindo de la capi-

(1) Propina.

tal, y conocido con el nombre de «Casa de los azulejos» por estar su fachada cubierta de ellos, todos antiguos y de mucho mérito, por capricho del Conde del Valle de Orizaba, que mandó construir la casa. Hoy es propiedad de los herederos de Felipe Iturbe.

El Círculo cuenta con hermosos salones, que generalmente permanecen desiertos, excepción del destinado á billar, y el de Bacarrá, que, á pesar de ser muy grande, es chico para contener la gente que á él acude. Hay también un lujoso comedor, cuya cocina es excelente y siempre dirigida por un *chef* francés. En la planta baja se halla establecida la biblioteca, y un magnífico boliche, que es el juego nacional mexicano, y se asemeja mucho al *nine pins* inglés.

En el Jockey tuve ocasión de hacer muchas y muy valiosas amistades con personas distinguidas, muchas de las cuales me dejaban asombrado al oírlas conversar correctísimamente en francés é inglés sin haber jamás salido de la República. Yo me hallaba en condiciones de apreciar esto por serme

esos dos idiomas tan familiares como el mío propio.

Las colonias española, francesa y americana, que son las tres más importantes en México, tienen su respectivo Casino, pero todos modestos, aunque muy bien administra los.

Existen en la capital tres teatros: el Nacional, el Principal y el Arbeu; los tres son pésimos y el primero casi siempre permanece cerrado. El más concurrido es el segundo, donde siempre actúa una compañía de tercero ó cuarto orden que cultiva el género chico, que allí se denomina *tandas*.

Hay un bonito circo, propiedad de los hermanos Jorrín, y cuyo nombre lleva. Los propietarios forman parte del cuadro de artistas, y son muy queridos del pueblo mexicano. El primer payaso, llamado Bell y emparentado con ellos, es considerado casi como un ídolo, y á pesar de tantos años como lleva representando delante del mismo público, sus gracias y payasadas cada vez son más apreciadas.

Si las salas de espectáculos son pocas y

mezquinas, los almacenes y comercios son muchos é importantísimos, haciendo transacciones que suman muchos millones al año. El gran mal es que está casi por completo en manos extranjeras. Todo lo que es ropa, modas y fantasía lo explotan los franceses; la ferretería, quincalla, droguerías y joyerías los alemanes; el ramo de maquinaria los americanos, y, por último, los abarrotos (1) y casas de empeño, que son en número incalculable, corresponden á los españoles.

Entre todos los comercios merecen especial mención: el Palacio de Hierro, que viene á ser, si bien bastante más reducido, el «Printemps de París»; la «Droguería de la Profesa» nada tiene que envidiar á ninguna del extranjero, y la joyería «La Esmeralda», instalada en el edificio de su propiedad, y cuya fachada es toda de marmol, por lo lujosa y gusto exquisito de su instalación, deja muy por debajo la tan afamada de Tiffany en Nueva-York y todas juntas las de la rue de la Paix en París.

(1) Ultramarinos.

Se componía de una copa de cognac con una ostra, unas gotas de bitter, hielo machacado, salsa inglesa de Worcester y pimienta de Cayena; se tomaba esta mezcla de un sorbo con el resultado de quedarse uno afónico para ocho días.

Los rendimientos de esta hacienda son unos noventa mil pesos anuales, siendo sus principales productos el pulque, trigo y maíz, su abundante ganado vacuno y lanar, y por último sus pastos arrendados en elevados precios. Para que nada falte á esta hermosa propiedad, es muy abundante en caza, sobresaliendo las gangas y patos salvajes. El general Díaz, Presidente de la República, que estimaba mucho á Terreros, iba frecuentemente á Xalpa durante la época de la caza.

La otra hacienda á que he aludido es Chapingo. Fué creada por el difunto general D. Manuel González, Presidente que fué de la República, y explotada hoy por su hijo mayor el coronel que lleva el mismo nombre y que me honra con su amistad.

Haciendas mayores que Chapingo hay

muchas en la República, pero de seguro ninguna con administración tan perfecta y ninguna tampoco que cuente con un soberbio palacio cual el que enclavado en la finca posee y sirve de morada á D. Manuel González. He tenido el raro privilegio de frecuentar tanto Chapingo, que lo conozco en sus más pequeños detalles y he podido apreciar todas sus bellezas, que son tantas como cualidades reúne su propietario. Este viste lo mismo el frac, que la guerrera, que las calzoneras del rancho. Es el primero que se levanta y el último que se acuesta en la hacienda, y no hay detalle, por pequeño que sea, de aquella complicada administración que le pase inadvertido. Al ver aquella figura de Hércules, nadie sospecharía una dulzura tan grande en su trato; pero con tanta como atiende á todos aquellos que le buscan en una justa reclamación, reprime con dureza y energía el menor desmán de aquellos que sirven á sus órdenes y que suponen muchos centenares, que le quieren tanto como le temen.

Me sería imposible en los estrechos límites de este libro dar siquiera una sucinta idea de todas las riquezas que encierra el palacio de Chapingo, muchas de ellas presentadas á su señor padre cuando ocupó la primera magistratura de la nación, y muchas que el actual poseedor ha adquirido.

En enorme profusión se admiran muebles y armas antiguas, cuadros, libros, objetos de cerámica y estatuas, que hacen de aquella residencia un verdadero museo.

El coronel Manuel González es hombre de una vastísima ilustración y dedica largas horas al estudio; conversa con facilidad suma en varios idiomas, pero la nota predominante en él y que tanto le enaltece es el culto y veneración que rinde á la memoria de su difunto padre, y si por sí mismo es la encarnación de la modestia, se vanagloria y enorgullece con todo aquello que se relaciona con el autor de sus días.

En Chapingo, al contrario de lo que sucede en la mayoría de las haciendas de México, hay grandes y frondosas alamedas,

por las que durante muchas horas se puede pasear en carruaje, pues tienen muchos kilómetros de extensión y se ven tan cuidadas como si se tratase de las de un paseo público. Tiene muchos y bonitos jardines y todo presenta aspecto fresco y lozano, debido al enorme caudal de agua con que cuenta la propiedad, y para que á esta nada le falte tiene estación de ferrocarril propia.

La magnificencia con que el coronel González recibe á sus huéspedes es proverbial; éstos son alojados como príncipes y con la misma independencia de que se goza en un gran hotel; se come muy bien y se bebe aún mejor, pues la bodega de tan buenos como variados vinos es muy renombrada.

Los aficionados á la música pueden recrearse en grande, pues también hay su salón de conciertos, provisto, no solo de piano y armonium, sino de un monumental orquestrón, traído de Nueva-York, con coste de 7.000 pesos, y que con su delicado y minucioso mecanismo produce el efecto de una orquesta.

Con todo lo que dejo expuesto se comprenderá que no podía faltar un boliche, que por lo lujoso está en armonía con lo demás; y si le cito es por el recuerdo que tengo de cuando le ví por primera vez. Al preguntar al coronel si le gustaba este *sport*, por toda contestación tiró cinco boladas que dieron por resultado cinco chuzas!....

Y ya que de juegos de *sport* hablo, mencionaré que desde algunos años ha tomado en México mucho desarrollo y despertado grande afición el de la pelota, tal cual se practica en las provincias vascas de España y Francia. La capital cuenta en la actualidad con varios frontones lujosísimos y para los cuales son contratados todos los más afamados *pelotaris*. Tal aceptación ha tenido este género de espectáculo, que recientemente se construyó un frontón cubierto, que alumbrado por medio de la electricidad permite se jueguen grandes partidos de noche, haciéndose apuestas de mucha consideración.

Lo que no ha logrado aclimatarse en México son las carreras de caballos, y el bonito

hipódromo de Peralvillo ha resultado un mal negocio. Hay que tener presente que hasta ahora los caballos que se han presentado han sido siempre de muy poco valor y sin las condiciones que requiere el caso, y, en fin, sea la causa la que fuere, lo cierto es que este tan interesante espectáculo no parece gustar en México.

Pero volviendo de nuevo á las haciendas, he de ocuparme de otras dos para dar por terminadas mis impresiones y recuerdos sobre las mismas.

Mi amigo y compañero del primer viaje, Rafael Bernal, al poco tiempo de nuestra llegada á México me invitó galantemente á pasar unos días en su hacienda de Soltepec, situada en el Estado de Tlaxcala, y distante unas tres horas por ferrocarril de la capital: sabía yo por referencia que mi amigo era uno de los más ricos hacendados de México y que su finca era una de las que mayores rendimientos daban á causa de su prodigiosa producción de pulque.

Acompañado de mi anfitrión salí una ma-

ñana para Soltepec, en cuya estación nos esperaba un especie de coche-diligencia, tirado por doce mulas, que condujo mi amigo con la misma maestría que el más consumado mayoral. La habitación que me señalaron en la hacienda, sobre ser muy buena y tener el piso cubierto de rica alfombra de moqueta, tenía el grande aliciente de estar contigua á un excelente cuarto de baño provisto de toda clase de aplicaciones hidrotérmicas.

Visité á pié una pequeñísima parte de la inmensa hacienda, que parecíame algo monótona por consistir en su mayor parte de plantas de maguey, que ofrecen tan poco atractivo á la visual, pero me resultó muy interesante mi visita al tinacal, con cuyo nombre se designa el local donde se confecta el pulque, y cuya manipulación es tan sencilla como productora, pues todo queda reducido á remover un poco el jugo que destila el maguey, y cuya destilación se obtiene raspando con unas cuchillas *ad hoc* el interior de la planta. Esta operación se practica

á la caída de la tarde, trasladando los indios este jugo, que se llama agua-miel, al tinacal. Allí, como he dicho, se bate con unos palos, produciéndose á poco la fermentación, tan rápidamente, que á las 24 horas queda terminada y en condiciones de ser expendido, constituyendo el famoso pulque, que por cierto ha de consumirse en el día, pues es bebida que no puede conservarse.

En Soltepec tuve ocasión de presenciar por primera vez la operación de la raya y observar la humildad del indio. Cuando tiene que hacer alguna reclamación se dirige al hacendado en la forma siguiente: «Vengo á ver á Dios, y después de Dios á la persona de V.» y en seguida viene su reclamo ó pretensión.

Lamentándome yo con Bernal de que era lástima que fuese el campo de su propiedad tan monótono á la vista, me propuso dar un pequeño paseo á caballo en dirección á uno de sus *cercanos* ranchos, donde me aseguraba que el panorama cambiaba por completo, siendo muy pintoresco.

Accedí con gusto á la idea, y una mañana á las seis, después de un buen desayuno y acompañado de estos riquísimos panes que confeccionan en Soltepec y que nunca he de olvidar, fuimos al patio donde esperaban los caballos que habían de conducirnos.

Mi amigo me previno que era conveniente que mi atavío sufriese alguna transformación, y esta empezó por cambiar mi ligero hongo por ancho y hermoso sombrero mexicano con sendos bordados de oro y cuyo peso no bajaría de cuatro libras; púseme calzoneras de cuero, que por lo pesadas corrían pareja con el sombrero, y por último unas espuelas que no exagero al decir pesaban cada una tres libras! (1)

Aquellos de mis lectores que me conocen y saben que mi peso es de 85 kilos, mas el respetable aumento de aquellos artefactos que he citado, comprenderán fácilmente cuál sería mi situación cuando oí la voz de «á caballo», que era ni más ni menos, la de un picador que en la plaza de toros pierde su

(1) Las hay que pesan cinco!!

montura: no habiendo escala ni grúa á mano, hube de utilizar la ayuda de dos fornidos mozos para montar mi corcel, que lo menos tenía doce dedos.

Todo lo pesadas que son en México las espuelas y los sombreros son ligeras las bridas, y sin tener yo en cuenta que el caballo mexicano tiene la boca más sensible que una sensitiva, tiréle de aquellas para ponerme en facha, dando éste tan fuerte respingo que me las ví y deseé para no medir el suelo.

Al paso, al trote y al galope nos tragábamos las leguas, sin que aquel prometido *cercano* rancho apareciese; en cambio apareció el lugar donde estaba la ganadería de toros de Bernal. Yo que jamás había visto estos cornúpetos sino desde alguna contrabarrera, sentí helada la sangre en las venas al verme rodeado de unos 200 ejemplares, que bramaban y mugían, mirándome con el mismo recelo que á un Calderón, un Badila ó un Agujetas, y en esto último no andaban descaminados, pues *las* tenía yo de marca mayor. Rafael Bernal aprovechó la ocasión para

darme una representación, por todo lo alto, del arte de lazar, que conocía á la perfección, dejándome atónito el ver la precisión con que en vertiginosa carrera lazaba un toro ya fuese por un cuerno ó por una mano, y siempre en la forma que previamente me anunciaba. Terminado que fué tan interesante espectáculo, proseguimos nuestra marcha, soñando yo con aquella tierra de promisión, que en mi cansancio tomaba la forma del rancho; pero como este no parecía, al fin eché pié á tierra y quitándome el sombrero, las calzoneras y las espuelas, exclamé: ¡Que me maten; pero á caballo yo no puedo seguir!

Bernal me miró, soltó una de sus sonoras carcajadas y dió una orden al oído á uno de los mozos que nos acompañaban, el cual, veloz como el rayo, partió con su caballo á cumplimentarla.

Libre al fin de aquellos estorbos que impedían mis movimientos me tendí en la yerba, encendí una gloria de Víctor Hugo (1)

(1) Famosa vitola mexicana.

y púseme á contemplar el firmamento de ese tono azul que parece existir solo en México y que hace pensar que si bien Dios está en todas partes, este debe ser Su rincón predilecto en la tierra.

La punta de mis dedos tocaban con el fuego de mi cigarro cuando el ruido de alegres cascabeles hirieron mis oídos; levanté la cabeza, apareciendo á mi vista una victoria tirada por cuatro caballos y precedida por el mozo que envió Bernal. En ese cómodo vehículo llegué al rancho, donde nos esperaba espléndido almuerzo, cuyo plato principal era riquísima barbacoa. (1) Pasé un día delicioso, como siempre lo fueron los muchos que he pasado en la hospitalaria hacienda de Soltepec.

Las haciendas, como todo en el mundo, tienen su excepción, y una hubo que seguramente no me dejó recuerdo muy grato. Diré lo que en ella me sucedió, omitiendo

(1) Plato mexicano de carnero asado en un agujero que se practica en la tierra, y que se come mucho en los ranchos.

su nombre y el de su poseedor que tenía vivos deseos de hacérmela visitar. Para ella salí una mañana, en hora tan matinal, que no encontré sitio aún abierto donde poderme desayunar. En la estación me esperaba el hacendado, que por lo risueño y jovial de fijo no tenía el estómago tan vacío como yo. Esta circunstancia sin duda fué causa de que el viaje se me hiciera largo y penoso, y que á todas las bellezas del camino hubiera yo preferido un buen chocolate. Al cabo de tres horas llegamos al término de nuestro viaje; y previa la presentación de rúbrica al administrador fuí invitado, no á desayunarme, que es lo que yo deseaba, sino á recorrer la hacienda en compañía del hijo mayor del propietario, disculpándose este último de no acompañarme por el momento, por tener que despachar asuntos urgentes en la administración. Mi *cicerone* me enseñó todo, con tanto proligidad como si fuese yo á adquirir la hacienda, y como esta era grande y todo me lo quería enseñar, apretaba tanto el paso como á mí me iba apretando el apetito.